

CAPÍTULO XV

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangueses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que así como don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela, y, habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes, sin poder hallarla, vinieron a parar a un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco: tanto, que convidó y forzó a pasar allí las horas de la siesta, que rigorosamente comenzaba ya a entrar.

Apearonse don Quijote y Sancho y, dejando al jumento y a Rocinante a sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había, dieron saco a las alforjas y, sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía amo y mozo comieron

2

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

Lo que en ellas hallaron.

No se había curado Sancho de echar sueltas a Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijo, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte, y el diablo (que no todas veces duerme), que andaban por aquel valle haciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yanguéses, de los cuales es costumbre esteear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó a hallarse don Quijote era muy a propósito de los yanguéses.

Sucedió, pues, que a Rocinante le vino el deseo de regocijarse con las señoras hacas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó un trocico algo picadillo y se fue a comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que, a lo que pareció, debían de tener más gana de hacer que de ál, recibieronle con los herraduras y con los dientes, de tal manera, que a poco espacio se lo rompieron las chinchas, y fue que, viendo arrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

en el suelo.

Ya en esto Don Quijote y Sancho, que la pelica Rocinante habían visto, llegaban, jadeando, y dijo don Quijote a Sancho:

- Al lo que yo veo, Amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Dígolo porque bien me puedes ayudar a tomar la debida venganza del agravió que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rocinante.

- ¡Qué diablos de venganza hemos de tomar - respondió Sancho -, si éstos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio?

- Yo valgo por ciento - replicó don Quijote

Y sin hacer más discursos echó mano a su espada y arremetió a los yanguéses, y lo mismo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo; y alas primeras dió Don Quijote una cuchillada a uno, que le abrió un sayo de uero de que venía vestido, con gran parte de la espalda. Los yanguéses que se vieron a maltratar de aquellos dos nombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas y, cogiéndolos a los dos en medio, comenzaron a menudear sobre ellos con grande ahínco y vehemenacia. Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino a don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese a caer a los pies de Rocinante, que aún no se había levantado: donde se echó de ver la furia con que machacaban estacas puestas en manos rústicas y enojadas.

Viendo, pues, los yanguéses el mal recado que habían hecho, con la mayor

(4)
CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando a los dos aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que se resintió fue Sancho Panza; y hallándose junto a su señor, con voz enferma y lastimada dijo:

-¿Señor don Quijote? ¡Ah, señor don Quijote!

-¿Qué quieres, Sancho hermano? -respondió don Quijote, con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

-Querría, si fuese posible -respondió Sancho Panza-, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí a mano: quizá será de provecho para los quebramientos de huesos, como lo es para las heridas.

-Pues a tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba?

-respondió don Quijote-. Mas yo te juro, Sancho Panza, a fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos.

-Pues ¿en cuántos le parece a vuestra merced que podremos mover los pies? -replicó Sancho Panza.

-De mí sé decir -dijo el molido caballero don Quijote- que no sabré poner término a esos días. Mas yo tengo la culpa de todo, que no había de poner mano a la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros

Como yo i y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo. Por lo cual, Sancho Panza, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho a la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante cavala nos hace algún agrasio, no aguardes a que yo ponga mano a la espada para ello, porque no lo haré en ninguna manera: si no pon tú mano a tu espada y castígalos muy a tu sabor, que si eso ayuda y defensa y castígalos acodieran caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo.

Tal quedó de arrogante el pobre señor con el rescimiento del valiente vizcaíno. Mas no le pareció tan bien a Sancho Panza el aviso a su amo, que dejase de responder diciendo:

- Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, por que tengo mujer y hijos que sustentar y criar. Así que sólo a vuestra merced también aviso, pues no puede

ser mandado, que en ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra caballeros, y que desde aquí para delante de Dios perdano cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho o haga o haya de hacer persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin exceptar estado ni condición alguna.

Lo cual oído por su omo, le respondió:

- Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descarnado, y que el dolor que tengo en esta costilla se oplacera tanto cuanto, para darle a entender, Porra, en el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestros fauor se mueve, llevándonos los velos del deses para que seguramente y sin contrate alguno tomemos puerto en alguna de las isuelas que te tengo prometida, ¿qué sería de ti si, ganándola yo, te hiciere señor de ella? Pues lo vendrías a impossibilitar, por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tus señeríos. Porque has de saber que en los reinos y posesiones nuevamente conquistadas nunca están tan quietos

Alfaro R

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

los ánimos de sus naturales ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas y valores, como dicen, a probar ventura; y, así, es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar y valor para ofender y defenderse en cualquiera acontecimiento.

- En este que ahora nos ha acontecido - respondió Sancho - quisiera yo tener ese acontecimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, a fe de pobre hombre, que más estoy para bismos que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos a Rocinante, aunque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este malinamiento. Jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo.

En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras aquellas tan grandes cuchilladas había de venir de posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

- De un las tuyas, Sancho - replicó don Quijote -, deben de estar hechos a semejantes rublados; pero

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

las mías, criadas entre sinabajas y holandas, claro está que sentirán más el dolor de esta desgracia. Y si no fuese porque imagino... ¿qué digo imagino?, sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy ajenas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojó.

A esto replicó el escudero:

— Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy a menudo o si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece a mí que a dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre.

— Sábetelo, amigo Sancho - respondió don Quijote - , que la vida de los caballeros andantes está sujeta a mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está en potencia propinqua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchas y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido a los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias. Porque el valeroso Amadís de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dio,

CAPITULO DÉCIMOQUINTO

teniéndole preso, más de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado a una columna de un patio. Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debajo de los pies, en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una de estas que llaman molecinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasaría muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que éstos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos. Porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallaran en las manos, y esto está en la ley del duelo, escrito por palabras expresas; que si el zapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel a quien dio con ella. Digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos de esta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traían, con

- No me dieron a mí lugar - respondió Sancho - a que mirase en tanto; porque apenas puse mano a mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinas, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo a donde ahora yago, y a donde no me da pena alguna el pensar si fue afrenta o no lo de los estacazos, como me da la el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas - Con todo eso, te hago saber, hermano Panza - replicó don Quijote -, que no hay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.

- Pues ¿ qué mayor desigualdad puede ser? - replicó Panza - de aquella que aguarda el tiempo que la consuma y a la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un por de bizmos se curan, aún no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera.

- Déjate de eso y soca fuerzas de flaquera, Sancho - respondió don Quijote - que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que, a lo que me parece, no le ha cobido al pobre la menor parte de esta desgracia.

- No hay de qué maravillarse de eso - respondió Sancho - siendo él tan buen caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas.

- Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio a ellas - dijo don Quijote.

Dígame porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome a mí desde aquí a algún castillo donde sea curado de mis heridas. Y más, que no tendré a desbarra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Silencio, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba muy a su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

- Verdad será que él debía de ir caballero como vuestra merced dice - respondió Sancho -, pero hay grande diferencia del ir Caballero al ir caballero al ir atravesado como costal de basura.

A lo cual respondió don Quijote:

- Las heridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan; así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres encima de tu, y ponme de la manera que más te agradeceré encima de tu jumento, y vamos de aquí, antes que la noche venga y nos salte en este despoblado.

-Pues yo he oído decir a vuestra merced -dijo Panza- que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen a mucha ventura.

-Eso es -dijo don Quijote- cuando no pueden más o cuando están enamorado; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol y a la sombra y a las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiese su señora. Y uno de éstos fue Amadís, cuando, llamándose Belteobros, se alojó en la Peña Pobre, ni sé ni ocho años o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia, por no sé qué sinsabores que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como a Rocinante.

-Aun ahí sería el diablo -dijo Sancho.

Y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros y ciento y veinte pesetes y reniegos de quien allí le había traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y, con todo este trabajo, apatejó su asno, que también había andado algo distraído con

IVX SINTIYA

la demasiada libertad de aquel día. Levantó luego a Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, a buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga.

En resolución, Sancho acomodó a Don Quijote sobre el asno y puso de reata a Rocinante, y, llevando al asno de cabestro, se encaminó poco más o menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba giando, aún no hubo andado una pequeña legua cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que a pesar suyo y gusto de don Quijote había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar a ella, en la cual Sancho se entró, sin más averiguación, con toda su reuma.

CAPÍTULO XVI

De lo que le sucedió al raperoso huido en la venta
que él se imaginaba ser castillo

El ventero, que vio a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué mal tenía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumado las costillas. Tenía el ventero por mujer a una moza de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y, así, acordó luego a curar a don Quijote y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, le ayudara a curar a su huésped. Servía en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma; del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía los demás faltos: no tenía siete palmas de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, le hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y les dos

hicieron una muy mala cama a don Quijote en un camolanchón que en otros tiempos daba manifiestos indicios que había servido de paja muchos años; en la cual también alojaba un cuervo, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote, y, aunque era de los enjalmas y mantos de muy machos, había mucha ventaja a la de don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisos tablos sobre dos no muy iguales bancos y un colchón que en lo útil parecía colcha, lleno de bodiques, que, a no mostrar que eran de lana por algunos roturos, al tiento en la dureza semejaba de quipuro, y dos sábanas hechas de uero de adarga y una forrada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdía uno solo de la cuenta.

En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le empujaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; bienallevada la ventera tan alardesada, a partes a don Quijote, dijo que aquello más parecía golpes que cuido.

